

ATRÉVETE A DESCUBRIR QUÉ SE ESCONDE TRAS AQUELLO QUE CONCEBIMOS OSCURO

EL LENGUAJE OCULTO DE LAS OLAS



JOHAN VARÓ

2^a
EDICIÓN


Max Estrella
Ediciones

Johan Varó

El lenguaje oculto de las olas

Primera edición ebook: septiembre de 2018

©Grupo Editorial Max Estrella

©Johan Varó

©El lenguaje oculto de las olas

©Portada de Alexandra OsbourneArtWorks

ISBN: 978-84-17008-24-6

ISBN Digital: 978-84-17008-25-3

Depósito Legal: M-6757-2018

Max Estrella Ediciones

Fernández de la Hoz, 76

28003 Madrid

editorial@maxestrellaediciones.com

www.maxestrellaediciones.com



JOHAN VARÓ

Entusiasta y fiel a sus principios, desde joven decidió que su camino estaría en la literatura, aunque antes de ver impresa su primera obra ha tenido que desarrollar numerosas actividades que han servido para enriquecer sus escritos.

El lenguaje oculto de las olas es la primera inmersión en la narrativa de este joven onubense graduado en Derecho y espe-

cializado en la Asesoría Jurídica de Empresas por la Universidad Carlos III de Madrid, ciudad en la que actualmente reside.

El rigor en el tratamiento de los textos jurídicos se traslada a sus manuscritos para que las historias contadas se desarrollen en un cuidado y documentado ambiente, ello no impide que estas se sumerjan en la pasión con la que este joven y prometedor autor vive su existencia.

Instagram: @johan_varo

Facebook: @ellenguajeocultodelasolas

Le pareció que había algo trágico
en una amistad tan cercana al amor.

OSCAR WILDE,
El retrato de Dorian Gray

Antaño, antes incluso de las teorías de Aristóteles (384-322 a.C.) y Empédocles (493-433 a.C.), una confina teoría defendía que la combinación de los elementos aire, tierra, agua y fuego constituían un todo que daba sentido a la vida, de forma que cada elemento cósmico simbolizaba distintos sentimientos, dando lugar la combinación de estos a la representación de perfectos psiques o patrones de vida que servían como modelo a una sociedad subyugada. Sin embargo, no todas las combinaciones estaban permitidas pues una ley prohibía determinados sentimientos. Los guardianes de los reinos trabajaban con empeño, por orden expresa de su majestad, para hacer saber a los plebeyos qué tipos de sentimientos debían mostrar. Dejaban a la vista de los siervos las normas a cumplir para que nadie, sin excepción, pudiera saltarse las reglas e incumplir así la voluntad del reino. En algunos lugares, era posible encontrar árboles donde esta ley se hallaba tallada a mano representada mediante un fascinante símbolo, este guarecía distintos triángulos que a su vez encarnaban un elemento cósmico, unidos semejaban una especie de estrella de ocho puntas que, al dividirse por la mitad, formaba una figura simétrica de cinco crestas, una composición extraordinaria que reflejaba la buena práctica de las combinaciones psicofísicas aceptadas.

Cuenta la leyenda que hubo un príncipe que, en un intento por descubrirse a sí mismo, en un tentar de la vida, en un deseo de realizar sus fantasías, en una necesidad arrebatadora de experimentar las connotaciones emocionales que el fuego confiere al ser humano, rompió las reglas con uno de sus siervos traspasando los límites infranqueables del reino para sentir la libertad de la vida plena y colmarse de gozo en la prisión de su intimidad. Por desgracia, en uno de sus furtivos encuentros sentimentales, ambos fueron descubiertos y el príncipe, antes de ser desterrado, fue testigo de la muerte de su amado, al que quemaron vivo en la hoguera.

A pesar de que la teoría negaba la existencia de un quinto elemento, el «éter», el príncipe, en su largo y solitario camino, estuvo acompañado por el espejismo del espíritu de su amado hasta el día de su muerte.

JOHAN VARÓ

Correr sin mirar atrás, sentir el fuego quemar en los pies o el frío aire hacer surcos secos en la piel de la cara.

No importa.

Nada es tan importante como para no seguir en el sentido contrario, prioritario. Solo hay un propósito al que llegar sin importar superar cualquier obstáculo que se interponga en el camino.

No oír aunque duela, ni dejar de sentir porque resten las palabras. O tal vez porque sumen más de lo que no se aguanta.

No dejar de ser porque el hecho en sí de ser no sea aceptado en un psique que se niega a evolucionar, a caminar hacia delante, justo como lo hace el tiempo, a cada toque de segundero.

No mojarse de infelicidad, porque es un bien común y solo al alcance de quien cumple con los patrones aristócratas que rigen una vida al completo.

No besar la tierra del yugo alfa. Saber que al hacerlo el encierro será de por vida.

Ser aire que llena vacíos, agua que lava las heridas, tierra a la que pertenecer y fuego en el que arder de convicción plena.

Ser espíritu resultante de la combinación de los cuatro elementos de poder que la naturaleza imperfecta ofrece.

Ser libre.

Ser yo.

CATALINA CONDE

Prefacio

Me desplomé en la cama dejando caer todo mi cuerpo, un cuerpo abatido, enfermo. Apenas lograba sentirlo debido a la aflicción en que me hallaba inmerso; era una sensación extraña y a la vez extrema. Sentía una fuerte opresión en mi interior. Jamás había experimentado tanto sufrimiento y jamás imaginé que algo así podría causarme tanto daño. Ese penetrante mal provocaba mi demencia. Me preguntaba una y otra vez: «¿Por qué?». Ansiaba borrar todo el dolor que tras mi piel se refugiaba, pero sabía que solo había una cura para ese intenso suplicio que me aturdió por completo, dejándome casi sin conciencia. En mi mente solo habitaba una palabra, «desaparecer». En ese momento nada tenía sentido, era como si todo lo que la vida me había ofrecido ya no valiera la pena. Una insólita soledad me atormentaba, imágenes sueltas me invadían anunciando una pérdida de control ineludible. Un miedo atroz tomó posesión de mi cuerpo. Me arrojé al suelo completamente perturbado, lloré, grité, golpeé con fuerzas todo cuanto me acorralaba. Solo había una solución para terminar con ese sufrimiento, con esa soledad. No había nada que pudiera consolarme, no había nada en la vida que me atara, que me retuviera. Trataba de decirme ¡no!, una y otra vez, pero la idea me gobernaba, no quería hacerlo, pero no tenía otra salida, había perdido la razón. En mi cabeza no existía nada ya, solo esa palabra. Con torpeza me levanté y me arrastré hasta la ventana. La abrí de par en par y, cuando el frío aire de la noche me abofeteó la cara, supe que había

llegado el final. Alcé la pierna y me subí al alféizar en un impulso. Incliné levemente mi cuerpo hacia delante y...

1

Una rutilante luz procedente del estrellado anochecer iluminaba cada poro de aquella varonil e inconfundible figura a orillas del mar. Un plateado resplandor lo convertía en la más irresistible de las tentaciones.

Sonreí y entonces corrí hacia él. Mientras volaba sobre la fina arena solo podía oír el romper de las olas y el latir de mi corazón. La colisión de nuestros cuerpos fue inexorable, dos esencias fundidas en un luengo abrazo. En ese instante nos dijimos tantas cosas sin pronunciar palabra...

La incesante melodía del mar amenizaba la tranquila noche. Permanecíamos en silencio el uno frente al otro cuando Alberto rompió aquella incómoda situación. Absorto, me dediqué a escucharle y a asentir con la cabeza a lo que me decía, pero al ver que no entraba en la conversación, enmudeció. Segundos después tomó mi rostro entre sus manos, dejó caer su frente en la mía. Nuestras miradas, ahora unidas en la corta distancia, gritaban de pasión. Innumerables sentimientos pasaron en ese instante dentro de lo más profundo de mi ser, pero no sé por qué motivo sabía que estaba sintiendo esas emociones si en el fondo no las experimentaba, no las percibía como en la vida real.

Nervioso y febril fue acercándose. Abandonar el penetrante examen de aquellos luceros era imposible, pero conforme más se aproximaba, más difícil me resultaba contemplarle. Desvió la vista hacia mis labios explorándolos eróticamente. Cerré los ojos ante el miedo a sufrir un desvanecimiento y entonces cientos de luces deslumbrantes comenzaron a surgir de nuestras almas perdiéndose en el aire.

De repente Alberto se esfumó. Comencé a gritar su nombre una y otra vez, pero mi voz era como un leve susurrar. Me encontraba solo en un lugar desconocido y aquellas extrañas y deslumbrantes luces que antes salían de nuestros cuerpos, ahora venían todas hacia mí, tratando de atacarme, de causarme dolor. Lo más insólito fue que también producían un sonido ensordecedor, como una disonancia en mitad de la silenciosa noche cantaban tic, tic, tic, y entonces el escandaloso ruido me despertó.

Al abrir los ojos, sobresaltado y un poco agitado, apagué el despertador, busqué el interruptor en la oscuridad y encendí la luz comprobando así que esas extrañas luciérnagas flotantes ya no estaban ahí. Revisé mi piel y esta no tenía nada, excepto dos picaduras de mosquito.

Descansaba en mi cama completamente bañado en sudor por culpa de semejante sueño o pesadilla, pues no sabía muy bien cómo calificar aquello que mi subconsciente había creado.

¡Vaya forma de comenzar el día de mi veintidós cumpleaños!

Sentí un pequeño alivio al pensar en que, al fin, después de semanas, recibiría noticias de Alberto. Siendo mi cumpleaños seguro que me felicitaría, aunque después de lo sucedido en nuestra última conversación no lo tenía tan claro. Lo único que sí tenía claro era que necesitaba verle, saber de él.

Hasta ahora jamás se había apoderado de mis sueños, ni mucho menos había sentido estas tremendas ganas de... besarle. ¿Qué estaba pasando?

Me levanté, respiré hondo y traté de evadirme de esas imágenes grabadas en mi cabeza como si de algo real se tratase. Me lavé la cara con agua fría en un desesperado intento de escapar de ese sueño y tomar conciencia de la realidad. Sin lugar a dudas, sentir el agua helada sobre mi rostro ayudó, pero presentía que esas escenas no me iban a abandonar fácilmente.

Salí de mi apartamento lo más rápido posible, incluso sin desayunar, necesitaba percibir la luz del día y olvidarme de

todo. Resulta tan complicado deshacerse de ciertos sueños... No entiendo cómo es posible sentirlos de forma tan real.

El día transcurrió de lo más tranquilo, aunque me pasé gran parte del mismo en mi mundo; nadie diría que era mi cumpleaños. No me apetecía, en absoluto, coger el metro en hora punta, así que, por ser el día de mi cumpleaños, me di el capricho de coger un Uber hasta la consulta donde trabajaba mi amiga Dyann, quien se había ofrecido a ayudarme a rellenar una solicitud para un programa de estudios en Nueva York durante tres meses. El plazo expiraba en dos días y había intentado aplicar online tres veces y las tres me había dado error, todo estaba en inglés y había cosas que ni con el traductor entendía, por lo que estaba bastante nervioso. Esperaba que no hubiese ningún contratiempo y que con la ayuda de mi amiga consiguiese finalizar el trámite.

Dyann era una de mis mejores amigas en la ciudad. Su carisma y simpatía hacían de ella una chica encantadora, siempre atenta a cualquier cosa que necesitase.

Ella no había nacido en Madrid sino en un pequeño pueblo al sur de Inglaterra y pertenecía a una familia humilde, aunque trabajadora. Con tan solo once años se mudó a España cuando a su padre le ofrecieron un puesto de trabajo en una gran empresa. Yo bien sabía lo difícil que resulta afrontar el gran cambio que supone mudarte de un pequeño pueblo a la capital. Pese a todas esas alteraciones consiguió terminar la carrera de psicología y montar su propia consulta.

Entré en su despacho y allí estaba ella, con su habitual cara angelical, con esa media melena negra azabache que tanto mimaba y con todo el escritorio lleno de libros.

—Hola Jack, ¡felicidades! —expresó al levantarse del sillón y darme la bienvenida con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—Muchas gracias —dije sorprendido por su efusividad.

Llevaba una falda negra bastante ceñida hasta la altura de las rodillas y una camisa blanca con ligeros volantes en

el cuello. Lo cierto es que disimulaba muy bien sus treinta años.

—Toma, tu regalo —expresó mientras me daba una bolsa de cartón con un paquete en el interior.

—Por favor, no tenías que haberte molestado.

Abrí con cuidado el regalo y una preciosa camisa celeste de la talla S junto con unos bóxers blancos me sorprendieron. Le di un abrazo como muestra de agradecimiento.

—¿Qué tal va todo? —preguntó.

—Bien, aunque esta noche he tenido un sueño algo extraño, pero mejor te cuento después, prefiero que tramitemos mi beca antes que nada.

—De acuerdo, como prefieras, pero ¿de verdad va todo bien?

—Sí, sí, no te preocupes, es una tontería —dije para tranquilizar a mi amiga y poder comenzar con la solicitud.

Estaba tan ilusionado como nervioso. Me fascinaba la idea de irme a Estados Unidos tres meses y poder perfeccionar mi inglés —tan importante hoy en día—. Nadie diría que mis antepasados fueron galeses. Mi padre me contó que los padres de mi bisabuelo vivían en Cardiff, ¡qué afortunados! No sé por qué no conservaron una casita allí, así podría viajar a la capital de Gales cada vez que quisiera.

Con el admirable nivel de inglés de mi amiga no tuvimos ningún problema en rellenar el cuestionario y en menos de media hora la solicitud fue presentada correctamente. Una vez finiquitada la gestión me despedí de ella y quedamos para salir juntos a tomar unas copas por la noche. Por ser jueves y mi cumpleaños haría una excepción, porque no solía salir de fiesta.

Me pasé el resto del día atolondrado y pensando en Alberto, ese sueño me tenía la cabeza trastornada, me sentía bastante desorientado. Ansiaba recibir un mensaje suyo felicitándome.

En estos años que habían transcurrido desde que lo conocí, nunca soñé nada igual. Me sentía raro, me hallaba inmerso en un mar de sombras, comenzaba a confundir senti-